

carretera con el polvo y nos quita la vista; pero inclinada la cabeza, apabullado el sombrero, seguimos al galope de nuestras caballerías, sin pararnos. En el cielo brilla perpendicular al horizonte una cinta blanco-rojiza, como si de súbito se partiese la nube dejando ver el fuego que ardiera en su seno, y se llena la campiña de Ahuacatlán con un retumbo sordo y prolongado.



### III

#### POR LAVAS Y BOSCAJES



**A** la incierta claridad, en la quietud y frescura del amanecer, atravesamos la calle principal de Ahuacatlán, flanqueada de soportales, donde había gente dormida entre los canastos y cajones de frutas y hortalizas que allí se venden. Pasamos por el estrecho puentecillo en que no caben de frente dos personas á caballo, levantado en el río que separa de la mayor parte de la población algunas calles, y seguimos por éstas, sabulosas con la ceniza volcánica. En el blanco caserío cerrado pardeaban las vetustas puertas, encima de pedruscos colocados á guisa de escalones.

Tomamos hacia el oriente el camino de herradura para Jala, que sube á cerrejonés lávicos y basálticos amontonados al pie del cono trunco de Ahuacatlán en el tercer periodo de erupción, el mismo que produjo Las Lomas del Destiladero. A la izquierda de la trocha se levantan las cumbres de El Molcajete

de Ahuacatlán, con cráter en la cima, y Pedregoso, y á la derecha la de Mexpan, que también tiene cráter, y la de Pochotero. En el fondo de la estrecha cañada que forman estas dos alturas, corre por arenal gris volcánico la carretera que une á Jala y á Ahuacatlán, y sobre ella, cerca de su desembocadura en el valle de Jala, está Jonmulco.

El radioso despuntar del sol allende los cerros á que empezamos á subir, levanta una polvareda dorada, diamantina, brillantísima: las moléculas que pueblan al aire irradian á la luz que se difunde desde el orto. El Ceboruco ha perdido en esa región su aspecto sombrío é inquietante, y la magnificencia de la flora se ostenta en cumbres y vertientes. La trocha serpea y se esconde entre verdura limpia y alegre, y apenas si se entreven los basaltos y las cenizas á través de árboles y plantas saxátiles. El vienteccillo agita los floridos ramos, y se desprenden gotas de rocío y aromas penetrantes. Entre lipias y orminos se destaca, reina de aquellas selvas, la *pachira insignis*, con el purpúreo atavío de sus ahebradas flores.

Tras hora y media de camino, en que andamos despacio y deteniéndonos á contemplar la extraña belleza del paisaje, y á descubrir entre la espesura las corrientes de piedras pez y pómez, descendemos al ubérrimo valle, circuido por la sierra de Jala hacia el oriente, y por cumbres lávicas de El Ceboruco á los demás vientos, y fecundado por cenizas volcánicas. Allá en el fondo, en medio de cañaverales, por cima de arboleda, la torrecilla del

pueblo azulea en la claridad de la mañana. Trotan nuestras caballerías entre maizales de altura descomunal y robustísimos.

Nuestros informes acerca de la mejor hospedería de Jala, nos llevaron á la primera casa de una callecica que á espaldas de la iglesia se prolonga con tapias y sementeras hasta el campo, y nos recibió en medio de dos muchachas sus sobrinas, una anciana toza y paliducha, que llamaba la atención por su cara tan rugosa, que entre los pliegues se le perdían las facciones. A la corta distancia á que desmontamos, no le distinguíamos ninguna, y sólo cuando nos hubimos acercado aparecieron á nuestras miradas su arremangadillo narigal, sus ojos escondidos en colgantes pálpabras y su boca hundida por la falta de gelasinos y molares. Las muchachas, muy jóvenes aún, agraciadas y de ojos vivos é inquietos, eran prestísimas en ayudar á la tía en sus menesteres, y no bien nos introdujeron en una salita fresca y aseada, volaron á disponer el almuerzo, pues como lugar Jala de poco tránsito, no hacían gasto, sino cuando llegaban pasajeros. Aderézale al momento, y en uno de los cotredores embellecidos por el aseo y las macetas, nos sirven con exquisita limpieza huevos abuñolados, un diezmillo sucoso, adobo con picantes alca-monías, un vaso de aloque, naterón con azúcar en polvo y café con leche.

Antes de las diez volvimos á montar, y me interrogaba *Duralis* al salir de aquel pueblo para el de Tequepexpan:—¿A esta hora de mañana á qué al-

tura del volcán habremos llegado?

—Con cuatro horas de ascensión,—le contesté,—ya dominaríamos quizá los Molcajetes Grande y Chico, y veremos á lo lejos sus cráteres.

Cruza la vereda para Tequepexpan faldeando la cumbre más alta y ramificada de El Ceboruco, La Coronilla, de lavas y cenizas del segundo periodo de erupción, que desde mayor altura que la del cráter nuevo desciende al este y al noreste y se prolonga más de dos leguas, lo mismo que al sur y suroeste. Son deliciosas estas vertientes de la montaña, crecidas de abies, hayas, robles, encinas y alisos. Entre orvalles, campánulas y llantén florecen las espigas del sauzgatillo y los esbeltos tallos de la globularia, y despiden su fragancia silvestre los lácris, ajedreas, espliegos y mejoranas. Por las hondas torrenteras fluyen limpios y sonoros venajes, con espumeo nacarado entre la obscura pedriza volcánica. Las achetas sagradas, escondidas en la fronda, ensordecen el bosque con su cantar continuo y penetrante, y las vagarosas libélulas ya se detienen en un punto preciso del espacio, agitando sus dobles alas impalpables, ya se lanzan en subitáneo y rápido vuelo, con las alas tendidas é inmóviles, describiendo extensísimas curvas.

Al cabo de tres horas y media salimos de la cañada de Tequepexpan al vallecito de Coapan, abierto al pie de las cumbres del mismo nombre, terminales de la rama septentrional y más elevada de La Coronilla. Divídelo en el comedio una trocha entre sementeras de maíz. En la superficie de ese

valle de rojizas glevas no hay una desigualdad; ni un altillo, ni un pedrejón, ni un crique; y parece que la han emparejado, aplanado, apisonado los labradores de La Olla. Este caserío de piedras abetunadas y lustrosas, con techados de ramaje cubierto con tierra, fué nuestro elegido como punto de partida para ascender al día siguiente á la montaña. Hállase en un rincón del valle, al pie de El Ceboruco, cerca de la junta de La Coronilla y Las Puertas, donde también se derramaron lavas y cenizas del cuarto periodo de erupción. Allí vuelve á mostrarse siniestro y amenazante el volcán, como en su región occidua.

Presto atravesamos la planicie de Coapan, al galope de nuestras caballerías regocijadas con la vista de los panizales; y por sendero de angostas reuertas subimos á una cumbre, desde donde vemos á Tequepexpan en otra hondonada.

Empleamos las últimas horas de la tarde en recorrer esa población, mitad caída y mitad en pie, populosa y alegre en medio de su vejez y de sus ruinas. Luengos años cuenta de que nada se repare ni componga en su caserío y sus callejuelas: quedan los ramajos y la hojarasca donde los acumula el viento; los badenes como los abren las corrientes pluviales, y la cascotería donde ha caído en el derrumbe ó en el incendio: piedras y adobes de las tapias, tableros de puertas podridas, troncos de árboles secos, todo yace allí donde lo ha derribado el tiempo. Se ven cercas aportilladas y corralizas hechas un herbazal: las paredes con los

derrubios de los agucereros, y enfrente de la iglesia canteras labradas antañazo, tasquiles y baches.

Entre los escombros de las tortuosas callecitas hormiguea la población: á estas horas de la tarde se halla toda fuera de las viviendas, si no es alguna viejarrona que á la puerta se espulga. Llegan campesinos á caballo, y otros á pie con brazadas de cañas, ó con escardillos, destrales y falces; pasan mujeres chacoteando y riendo, con los cántaros sobre cabeciles, y la chiquillería laza cerdos, tira con hondas, se sube á las ruinas, salta, corretea y grita. Gentes van y vienen, ó forman corrillos en los cantones y en las tiendas. Las vacas son conducidas á los establos, y los borricos, ya sin el ajojo de la carga, olfatean el suelo y pácen la escasa hierba crecida entre el estrámonio. El pueblo está impregnado del encanto de la vida primitiva, libre, sosegada y alegre, sin molicie, sin fingimiento ni ostentación.

Al obscurecer, salía de la iglesia, entre los ollares y el casquijo amontonados en la calle, un grupo de mujeres acompañando una escultura sedente de María Santísima, colocada en andas y en hombros de cuatro devotas, seguido de muchachos que lanzaban cohetes, y precedido por un hombre que con el sombrero ancho se cubría el pecho y las manos, y cabizbajo y con loeuela llorosa, muy ladina, hacía coro en el rosario. No causaba la procesión la menor curiosidad á los lugareños; sin duda era frecuente; la veían con indiferencia, bien que con respeto, y se quitaban el sombrero. Al entrar

en otra calle, se paraban las anderas, se arrodillaba el grupo y prosternado rezaba algunas avemarías, contestando al compungido de la voz de falsete, que parecía que hablaba llorando, ó con una risilla que no pudiera contener. Levantábanse, y seguían su camino lentamente, al traquear alto de numerosidad de cohetes.

